

CATERINA

¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también! ¡Ah, bien veo que nuestros corazones no han estado separados! Tengo que decirte muchas cosas. ¿Por dónde empezaré? Me han encerrado y no puedo salir. ¡Cuánto he sufrido! Mira, no te extrañe si no he volado á tus brazos, porque me has sorprendido. ¡Dios mío! Cuando he oído tu voz no sabía donde estaba. Ven, siéntate aquí, como solíamos. Pero hablemos bajo. Tú te quedarás hasta la madrugada. Dafne te conducirá fuera de aquí. ¡Oh, qué horas tan deliciosas! ¿Ves? Ya nada temo ahora, tú me has tranquilizado completamente. ¡Qué feliz soy viéndote! Si me dieran á escoger entre tú y el paraíso, te elegiría á ti. ¡Pregúntalo á Dafne y te dirá cuánto he llorado! ¡Si vieras cómo me ha cuidado la pobre muchacha! Tendrás que darle las gracias. Y también á Reginella. Pero dime, ¿al fin has descubierto mi nombre? ¡Oh, para ti no hay obstáculos! Cuando quieres una cosa, eres capaz de todo. Y dime, ¿tendrás medios de volver otras veces?

RODOLFO

Sí. ¿Cómo podría vivir sin verte? Caterina, tu voz me enajena. No, nada temas. Mira cuán tranquila está la noche. Todo es amor en nosotros, todo es reposo á nuestro alrededor. Dos almas como las nuestras que se confunden en una sola, Caterina, representan algo así como una cosa límpida y sagrada que Dios no querría perturbar. ¡Yo te amo, tú me amas, y Dios nos ve! A estas horas sólo los tres velamos. Nada temas.

CATERINA

No. Y, además, hay momentos en que se olvida todo. Se es dichoso y nada más; se vive deslumbrado

el uno del otro. ¿Ves? Rodolfo, separados, no soy más que una pobre mujer prisionera, tú no eres más que un pobre desterrado; unidos, daríamos envidia á los ángeles. ¡Oh!, no, ellos no gozan tanto del cielo como nosotros. Rodolfo, no es cierto que mate la alegría, pues yo estaría ya muerta. Todo se confunde dentro de mi cabeza. Te he hecho mil preguntas en un momento, y no puedo recordar una palabra de lo que te he dicho. ¿Las recuerdas tú, al menos? ¡Cómo! ¿No es un sueño? ¿Verdaderamente estás aquí?

RODOLFO

¡Pobre amiga mía!

CATERINA

No, calla, no me hables, deja que recoja mis ideas, deja que te mire, ¡alma mía! Déjame pensar que estás aquí. Ya te responderé luego. Hay momentos como éste, ¿comprendes?, en que se quiere contemplar al hombre que se ama y decirle: ¡Calla, deja que te mire! ¡Calla, deja que te ame! ¡Calla, déjame ser dichosa!

(Él le besa la mano. Ella se vuelve y ve la carta que está encima de la mesa.)

¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¡Ese papel me despierta!  
¡Una carta! ¿La has puesto tú ahí?

RODOLFO

No. La habrá puesto, sin duda, el hombre que me ha acompañado.

CATERINA

¡Ha venido un hombre contigo! ¿Quién? ¡Veamos!  
¿Qué dirá esta carta?

(Rompe la neta ávidamente y lee.)

«Hay personas que sólo se embriagan con vino de

Chipre. Hay otros que sólo se regocijan con la venganza más refinada. Señora, un esbirro que ama es muy pequeño, un esbirro que se venga es muy grande.»

RODOLFO

¡Dios poderoso! ¿Qué quiere decir esto?

CATERINA

Conozco la letra. Es de un infame que se ha atrevido á amarme, á decírmelo y á venir un día á mi casa, en Venecia, y á quien hice expulsar por mis criados. Ese hombre se llama Homodei.

RODOLFO

En efecto.

CATERINA

Es un espía del consejo de los Diez.

RODOLFO

¡Cielos!

CATERINA

¡Estamos perdidos! Nos ha tendido un lazo y hemos caído en él.

(Va al balcón y mira.)

¡Ah, Dios mío!

RODOLFO

¿Qué?

CATERINA

Apaga esta luz. ¡Pronto!

RODOLFO, apagando la luz

¿Qué tienes?

CATERINA

La galería que da al puente del Molino...

RODOLFO

¡Acaba!

CATERINA

Acabo de ver una luz que aparecía y desaparecía.

RODOLFO

¡Caterina, soy un miserable insensato! ¡Yo soy la causa de tu pérdida!

CATERINA

Rodolfo, yo hubiera ido á ti, como tú has venido á mí.

(Prestando oído á la puerta del fondo.)

¡Silencio! Escuchemos. Me parece que oigo ruido en el corredor. ¡Sí, abren una puerta y andan! ¿Por dónde has entrado?

RODOLFO

Por una puerta oculta allí, que ese demonio ha cerrado.

CATERINA

¿Qué hacer?

RODOLFO

Esa puerta...

CATERINA

Conduce á las habitaciones de mi esposo.

RODOLFO

¿La ventana?

CATERINA

¡Un abismo!

RODOLFO

¿Y esta puerta?

CATERINA

Es mi oratorio y no tiene salida. No hay medio de escapar. Es igual, entra.

(Abre el oratorio, en el que se precipita RODOLFO. CATERINA cierra la puerta. Sola.)

Así, cerrada con llave.

(Saca la llave de la cerradura y la esconde en el seno.)

¿Quién sabe lo que puede ocurrir? Tal vez intentaría socorrerme. Y si saliera se perdería.

(Va á la puertecita del fondo.)

No oigo nada. Sí, suenan pasos. Se detienen. Será para escuchar, sin duda. ¡Ah, Dios mío! Fingiré que estoy dormida.

(Se quita el vestido y se echa en la cama.)

¡Dios mío! Estoy temblando. Introducen una llave en la cerradura. ¡Oh, no quiero ver quien entra!

(Corre las cortinas de la cama. Ábrese la puerta.)

## ESCENA QUINTA

### CATERINA y LA TISBE

(Entra LA TISBE, pálida, con una lámpara en la mano. Avanza lentamente, mirando en torno suyo. Cuando llega á la mesa, examina la vela recién apagada.)

LA TISBE

La vela humea aun.

(Se vuelve, ve la cama, y acercándose á ella descubre la cortina.)

Está sola. Finge que duerme.

(Da vuelta al aposento, examinando las puertas y el muro.)

Esta es la puerta del marido.

(Topando con el revés de la mano en la puerta del oratorio oculta tras del tapiz.)

Aquí hay una puerta.

CATERINA se ha incorporado y observa lo que hace con estupor.)

CATERINA

¿Qué es esto?

LA TISBE

¿Qué es esto? Voy á decíroslo. Es la amante del pòdestá que tiene entre sus manos á la mujer del pòdestá.

CATERINA

¡Cielos!

LA TISBE

¿Qué es esto, señora? ¡Es una comedianta, una hija del teatro, una cualquiera, como vosotras nos llamáis, que tiene entre sus manos, según acabo de deciros, á una gran dama, á una mujer casada, á una mujer respetada, á una virtud! ¡Y la tiene entre sus manos, entre sus uñas, entre sus dientes! ¡Y puede hacer lo que se le antoje de esa gran dama, de esa reputación dorada, y va á desgarrarla, á hacerla trizas, á despedazarla, á triturarla! ¡Ah, respetables grandes damas, yo no sé lo que va á suceder; pero lo que sí sé seguro, es que tengo bajo mis pies á una de vosotras! ¡Y que no la dejaré! ¡Puede estar tranquila! ¡Y que más le hubiera valido que cayera un rayo sobre su cabeza, que ver mi semblante frente al suyo! Señora, ¡muy desvergonzada habéis de ser, cuando osáis levantar los ojos hasta mí teniendo un amante en vuestro cuarto!

CATERINA

Señora...

LA TISBE

¡Escondido!

CATERINA

¡Os engañáis!

LA TISBE

Mirad, no lo neguéis. ¡Estaba allí! Vuestros sitios están aun marcados por vuestros asientos. Hubierais tenido que separarlos al menos. ¿Y qué os decíais?

¿Mil cosas tiernas, verdad? ¿Mil cosas agradables, verdad? ¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Soy tuya!... ¡Ah, no me toquéis, señora!

CATERINA

No os comprendo.

LA TISBE

¡Y vosotras, las grandes damas, no queréis mejor que nosotras! Lo que nosotras decimos á un hombre en voz alta y en pleno día, vosotras se lo balbuceáis vergonzosamente por la noche. ¡Sólo cambian las horas! Nosotras os quitamos á vuestros maridos, y vosotras nos quitáis á nuestros amantes. Es una lucha. ¡Magnífico! ¡Luchemos, pues! ¡Ah! ¡Todo en vosotras es afeite, hipocresía, traiciones, falsas virtudes! ¡No, pardiez! No valéis lo que nosotras. ¡Nosotras no engañamos á nadie! ¡Y vosotras engañáis al mundo, á vuestras familias, á vuestros maridos, y engañaríais al mismo Dios, si pudierais! ¡Oh! ¡Paso á esas mujeres virtuosas que andan cubiertas con un velo por la calle! Es que van á la iglesia. ¡Apartaos! ¡Inclinaos! ¡Prosternaos! No, no os apartéis, no os inclinéis, no os prosternéis, id á su encuentro y arrancadles el velo; detrás del velo hay una máscara; arrancad la máscara y detrás ¡hay una boca que miente! Pero es igual; yo soy la amante del podestá, vos sois su esposa ¡y quiero perderos!

CATERINA

¡Dios del cielo! Señora...

LA TISBE

¿Dónde está?

CATERINA

¿Quién?

LA TISBE

¡Él!

CATERINA

Estoy sola, verdaderamente sola. Completamente sola. Nada comprendo de lo que me preguntáis. ¡No os conozco; pero vuestras palabras me hielan de espanto, señora! Ignoro que haya hecho nada contra vos. No puedo creer que tengáis interés alguno en todo esto.

LA TISBE

¡Que si tengo interés! ¡Ya lo creo! Uno y muy grande. ¿Lo dudáis? ¡Esas mujeres virtuosas son descreídas! ¿Os hablaría como acabo de hacerlo, si no tuviera la ira en el corazón? ¿Qué me importa de todo lo que os he dicho? ¿Qué me importa que seáis una gran dama y que yo sea una comedianta! Nada, me es igual, porque soy tan hermosa como vos. Pero llevo el odio en el corazón, te repito, y te insulto como puedo. ¿Dónde está ese hombre? ¿El nombre de ese hombre? ¡Quiero ver á ese hombre! ¡Oh, cuando pienso que hacía ver que dormía! ¡Verdaderamente es una infame!

CATERINA

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á ser de mí? ¡En el nombre del cielo, señora! Si vos supieseis...

LA TISBE

¡Sé que allí hay una puerta! ¡Y estoy segura que está allí!

CATERINA

Es mi oratorio, señora. Nada más. No hay nadie, os lo juro. ¡Si supierais! Os han engañado acerca de mí. Yo vivo retirada, aislada, oculta á todos los ojos.

LA TISBE

¡Sí, el velo!

CATERINA

Es mi oratorio, os lo aseguro. Allí no hay más que mi reclinatorio y mi devocionario.

LA TISBE

¡La máscara!

CATERINA

¡Os juro que allí no hay nadie escondido, señora!

LA TISBE

¡La boca que miente!

CATERINA

Señora...

LA TISBE

Todo esto está bien. ¡Pero no es una locura hablarme así, con ese ademán de una culpable que tiene miedo! No negáis con suficiente aplomo. ¡Ea, erguíos, señora, encolerizaos, si osáis, y haceos la inocente!

(En esto divisa la capa, que está en el suelo, junto al balcón, y corre á recogerla.)

¡Ah! Mirad, ya no es posible. Esta es su capa.

CATERINA

¡Cielos!

LA TISBE

No, esto no es una capa, ¿verdad? ¿No es una capa de hombre? Desgraciadamente no se puede reconocer á quien pertenece, pues todas las capas se parecen. Vamos, pensad en vos, señora, y decidme el nombre de ese hombre.

CATERINA

No sé lo que queréis decir.

LA TISBE

¿No está vuestro oratorio allí? Pues bien, abridlo.

CATERINA

¿Por qué?

LA TISBE

Quiero rezar á Dios también. ¡Abrid!

CATERINA

He perdido la llave.

LA TISBE

¡Abrid, os digo!

CATERINA

No sé quién tiene la llave.

LA TISBE

¡Ah! ¿No está allí vuestro marido? ¡Monseñor Angelo! ¡Angelo! ¡Angelo!

(Quiere correr hacia la puerta del fondo, pero CATERINA se interpone y se lo impide.)

CATERINA

¡No! ¡No iréis á aquella puerta! ¡No iréis! Yo nada os he hecho. No comprendo en absoluto lo que os mueve contra mí. Vos no querréis perderme, señora. Tendréis piedad de mí. Deteneos un instante. Luego juzgaréis. Voy á explicároslo. Un instante tan sólo. Desde que habéis entrado estoy aturdida, asustada, y oyendo vuestras palabras, todo lo que habéis dicho, me siento verdaderamente confusa, y no he comprendido bien lo que me deciais; que sois una comedianta, que soy una gran dama, y no sé qué más. Os juro que allí no hay nadie. Pero nada me habéis dicho de ese esbirro, y, sin embargo, estoy segura de que él es la causa de todo. Es un hombre terrible que os engaña. Un espía. No hay que dar crédito á un espía. ¡Oh! Escuchadme un instante. Entre mujeres no se rehusa escuchar un instante. Si yo suplicara á un hombre, no sería tan bondadoso. Pero vos tendréis piedad. Sois demasiado hermosa para ser mala. Os decía, pues, que os ha sorprendido ese hombre, ese miserable, ese espía, ese esbirro. Pero basta que nos entendamos; después os pesaría haber causado mi muerte. No despertéis á mi marido. Me mataría. Si supierais mi situación, me compadeceríais. No soy culpable, os digo la verdad, no soy muy culpable. Habré podido cometer alguna imprudencia, pero es porque no tengo á mi madre. Os participo que no tengo á mi madre. ¡Ah! Tened piedad de mí, no llaméis á esa puerta, os lo ruego, os lo ruego, ¡os lo ruego!

LA TISBE

¡Todo acabó! ¡No, no escucho más! ¡Monseñor! ¡Monseñor!

CATERINA

¡Deteneos! ¡Ah, Dios mío! ¡Deteneos! ¡No sabéis ya que va á matarme! ¡Dejadme al menos un instante, un corto instante para rogar á Dios! No, si no saldré de aquí. Mirad, me postraré allí mismo...

(Mostrándole el crucifijo de cobre colgado encima del reclinatorio.)

Delante de aquel crucifijo.

(Los ojos de LA TISBE se fijan en el crucifijo.)

¡Oh! Señora, por favor, venid á orar á mi lado. ¿Decís que sí? Y luego, si persistís en querer mi muerte, si Dios misericordioso os deja esa idea, haréis lo que mejor os acomode.

LA TISBE, se arroja sobre el crucifijo y lo arranca del muro

¿De quién es ese crucifijo? ¿De dónde os ha venido? ¿De dónde lo habéis sacado? ¿Quién os lo dió?

CATERINA

¿Qué? ¿Ese crucifijo? ¡Ah! ¡Estoy anonadada! De nada os ha de servir el que responda á vuestras preguntas.

LA TISBE

¿Cómo ha llegado á vuestras manos? ¡Responded en seguida!

(La lámpara ha quedado encima del aparador, junto al balcón. LA TISBE se aproxima á aquella y examina el crucifijo. CATERINA la sigue.)

CATERINA

Pues bien, me lo dió una mujer. Ese nombre que estáis mirando, abajo, no lo conozco; me parece que dice *Tisbe*. Era una pobre mujer condenada á muer-

te. Yo pedí su gracia, y mi padre se la concedió. Estábamos en Brescia. Yo era entonces muy niña. ¡No me perdáis, señora, tened piedad de mí! Entonces la mujer me dió este crucifijo, diciéndome que me traería suerte. Eso es todo. Os juro que os lo he dicho todo. Mas á vos ¿qué os importa? ¿Por qué me obligáis á hablar inútilmente? ¡Oh, no puedo más!

LA TISBE, aparte

¡Cielos! ¡Madre mía!

(La puerta del fondo se abre y aparece ANGELO, vestido de bata.)

CATERINA, adelantándose al proscenio

¡Mi esposo! ¡Estoy perdida!

ESCENA SEXTA

CATERINA, LA TISBE y ANGELO

ANGELO, sin ver á LA TISBE que ha quedado junto al balcón

¿Qué significa esto, señora? Me parece haber oído rumor aquí.

CATERINA

Señor...

ANGELO

¿Cómo es que no os habéis acostado á estas horas?

CATERINA

Es que...

ANGELO

¡Por Dios, que estáis temblando! ¿Estaba alguien con vos, señora?

LA TISBE, avanzando desde el fondo

Sí, monseñor. Yo.

ANGELO

¡Vos, Tisbe!

ANGELO

83

LA TISBE

Sí, yo.

ANGELO

¿Vos aquí? ¡A noche avanzada! ¿Cómo se explica que estéis aquí, á estas horas, y que la señora...?

LA TISBE

¿Esté temblando? Voy á decíroslo, monseñor. Escuchadme. La cosa vale la pena.

CATERINA, aparte

¡No hay esperanza! ¡Todo acabó!

LA TISBE

Os lo diré en dos palabras. Vos debíais ser asesinado mañana.

ANGELO

¡Yo!

LA TISBE

Al dirigiros de vuestro palacio al mío. Ya sabéis que por la mañana salís ordinariamente solo. He recibido aviso esta misma noche, y he venido corriendo á avisar á la señora que os impidiera salir mañana. Ya sabéis, pues, por qué estoy aquí, tan á deshora, y por qué la señora está tan conmovida.

CATERINA, aparte

¡Dios misericordioso! ¿Quién es esa mujer?

ANGELO

¿Es posible? Aunque á decir verdad no me sorprende. Ahora veis si tenía razón cuando os hablaba

de los peligros que me rodean. ¿Quién os dió el aviso?

LA TISBE

Un hombre desconocido, que empezó por hacerme prometer que le dejaría escapar. Y he mantenido la promesa.

ANGELO

Habéis hecho mal. Se promete, pero se prende. ¿Cómo habéis podido entrar en el palacio?

LA TISBE

El hombre me ha hecho entrar. Ha encontrado medio de abrir una poterna que hay debajo el puente del Molino.

ANGELO

¿Qué os parece! ¿Y para penetrar hasta aquí?

LA TISBE

¿Pues no me habéis dado vos mismo una llave?

ANGELO

Me parece que no os dije que abriera este aposento.

LA TISBE

Sí, lo dijisteis. Pero no os acordáis.

ANGELO, fijándose en la capa

¿Y esa capa?

LA TISBE

Me la ha prestado el hombre para entrar en el palacio. También me dió su sombrero, pero no sé lo que me he hecho de él.

ANGELO

¡Pensar que semejantes hombres puedan entrar á su antojo en mi casa! ¡Qué vida la mía! Todo asechanzas á mi alrededor. Y decidme, Tisbe...

LA TISBE

¡Ea! Dejad para mañana las demás preguntas, monseñor, yo os lo ruego. Basta por esta noche con que os hayan salvado la vida, y con esto debéis estar contento. Lo cierto es que aun no nos habéis dado las gracias, ni á vuestra esposa ni á mí.

ANGELO

Perdonad, Tisbe.

LA TISBE

Mi litera me espera abajo. ¿Me daréis la mano hasta allí? Dejemos descansar á la señora.

ANGELO

Estoy á vuestras órdenes, Tisbe. Pasemos por mis habitaciones, si os place, y tomaré mi espada.

(Desde la gran puerta del fondo.)

¡Hola! ¡Luces aquí!

LA TISBE, hablando aparte á CATERINA en el proscenio

Hacedle escapar en seguida por donde he venido. Esta es la llave.

(Volviéndose hacia el oratorio.)

¡Oh, esa puerta! ¡Cuánto sufro! ¡No saber realmente si está él!

ANGELO, que vuelve

Os espero, señora.

LA TISBE, aparte

¡Oh, si pudiese apenas verle pasar! ¡No hay medio! ¡Tengo que marcharme!

(A ANGELO.)

¡Vamos! Venid, monseñor.

CATERINA, siguiéndola con los ojos

¿Es esto un sueño?

## TERCERA JORNADA

### LO BLANCO NEGRO